

XVIII CONCURSO DE RELATOS CORTOS REPSOL YPF

Primer Premio Lengua Castellana

Autora: Carmen Álvarez Hernández

Lema: Alea iacta est

Relato: “El Tren de la vida”

Centro Educativo: Colegio Santa Teresa de Jesús – Carmelitas
Ourense

El tren de la vida

Alea iacta est

Unos días antes había alcanzado el límite. Había llegado al punto crítico de su vida. Aquel en el que comienzas a recordar con melancolía, en que crees que ya lo has vivido todo y no te queda nada por descubrir. Para su desgracia, acababa de celebrar su 70 cumpleaños. Hasta entonces el tema no le había preocupado; las típicas preguntas, las típicas dudas y titubeos, pero no tanto como ahora. Ese día se había levantado con desgana. Cosa extraña, pues él, hombre enérgico, activo, no desaprovechaba el más mínimo segundo: quería disfrutar, dedicarse a su mujer, a su tren. Pero ese día no. Como si una losa le hubiera caído encima, así se sentía. Y así se lo dijo a Dorotea.

- Dori, querida, no me encuentro bien

- ¿Qué te ocurre? Mira que te dije que no cenaras tantas angulas, que luego se te pone el vientre flojo...

- No, no es eso...no sé...es como si tuviera baja la tensión, como si me faltara energía...

-¿Quieres que llame al doctor? Hoy le toca consulta en el otro pueblo, pero puedo llamarle para que se pase por aquí.

- No Dori...no hace falta, estoy bien...pero hoy me quedare un rato más en la cama...

-¿Y el tren? No esperarás que funcione solo...

- Hasta las tres no salgo, así que no me moveré de aquí hasta la hora...

Dori había quedado bloqueada. Tan verídico como extraño, en sus 45 años de matrimonio jamás Mateo se había puesto así. El típico resfriado, la típica tos, pero no esa voz lánguida y nostálgica, tan triste. Cerró la puerta sin dejar de observar la figura de su marido, ahora de espaldas a ella, mientras decidía seguir su instinto y marcar el número del doctor.

Poco a poco, fue quitándose el pijama. Esta vez no disfrutó de su suave tacto de lana. Miró el mono limpio que tan amorosamente Dori había planchado y doblado sobre la silla. Pero esta vez tampoco disfrutó de su olor,

aroma a suavizante, porque estaba pensando en otra cosa...Sí, era aquello lo que le había impedido dormir, aquel martillo que le golpeaba constantemente la cabeza, una y otra vez, una y otra vez...la muerte...

La caldera estaba a punto: la presión, la temperatura, ese color del fuego, tan naranja...La pala, en sus manos, depositaba el carbón en el fogón, automáticamente, de forma involuntaria. Ese día le pesaba todo...su frente, ya sucia, chorreaba de sudor; el tizne del carbón, las pequeñas gotitas amarillentas resbalando por cada surco de la tez, como en una carrera, una última carrera...Y es que era eso lo que pensaba...estaba entrando en la meta, cada vez el fin se acercaba más. Y de qué había servido todo...los buenos momentos, las alegrías, incluso los disgustos... ¿para qué? Si un día todo se iba acabar, y luego...luego...aceleró su golpe de pala: era la hora de marchar. Los pasajeros se aposentaron poco a poco en sus respectivos lugares, mientras Mateo daba el último aviso a los más rezagados con aquel sonido de corneta. Después, asió la palanca que quitaba los frenos con su gran mano, fuerte y vigorosa, y exhaló un largo suspiro; tan largo como el traqueteo de aquel tren que ahora se dirigía a... ¿a donde? Todos los días hacía el mismo trayecto: La Mata-Béjar, con una duración de dos horas. Viajaba tres veces al día, una por la mañana y dos por la tarde, excepto los sábados, que hacía dos matinales. Todos los días disfrutaba de la misma rutina, el mismo paisaje; a pesar de ello, contemplaba los gorriones, las encinas y aquellos terneros pastando como si fuera la primera vez, observaba la velocidad en que los postes de luz esquivaban su tren, como si le dejaran paso, como si le respetaran incluso... entonces, se sentía feliz; sentía que, a pesar de ser sólo un hombre, formaba parte de todo aquello. Y observaba la prolongación de los raíles, de su vida, deseando que no acabaran nunca...Pero esta vez, no observó el paisaje; se dejó adormecer por la cálida atmósfera de la cabina, mirando aquel fuego anaranjado, enérgico. Mientras, él soñaba. Soñaba con desviarse de aquellos raíles, con girar a la derecha y no ver el infinito...pensaba en qué significaba todo aquello, si los postes jamás tendrían vida para respetarle, si los gorriones no cantaban para él y las encinas no le acompañaban en el viaje...Entonces, miró al frente. Acababa de llegar a la estación.

Dori se había sentado a esperarle. Se recostó en el sofá, frente a la mesa dispuesta para cenar. Había hecho patatas rebozadas, que tanto le gustaban a Mateo. “A lo mejor”, pensaba satisfecha, “así esbozará una sonrisa...”Cogió uno de los álbumes de fotos, el más cercano. Había algunas instantáneas de la infancia de su marido, las menos, pues un maquinista en aquella época no podía concederle tales regalos a su hijo, no tenía medios para costearle una simple fotografía. Las ojeó por encima, pasando las páginas con velocidad, casi con temor; no quería que él llegara y la viera allí, trazando el resumen de su vida. Pero cuantas más veía, y cuanto

más pensaba, más se daba cuenta de que la vida de su marido había girado en torno a su tren...desde que su padre había muerto, cuando él apenas acababa de fumar su primer pitillo, se hizo cargo del convoy como si con él estuviera con su *pápa*, como si a cada descarga de carbón el maquinista tuviera más combustible para vivir. Sí, había tardado mucho en superar su desaparición. Le había influido tanto en la vida, siempre marcada por aquel tren...y es que Mateo, en cierto modo, relacionaba su vehículo con su difunto padre. “Quizás simplemente tuvo un mal despertar”, pensó Dorotea, “quizá tuvo un mal sueño, una pesadilla”. Pero ella no sabía que para Mateo, aquella pesadilla no era otra sino aquel golpear, aquel continuo traqueteo en su cabeza... aquel pensamiento que ya no le iba a abandonar más, incomprensiblemente...Acababa de cumplir 70 años, y creía que su tiempo se estaba acabando, que aquel viaje estaba llegando a la estación...

Llegó más tarde de lo habitual, una media hora de retraso. No tenía hambre; había decidido acostarse inmediatamente, no quería hablar con Dori, ni sentarse al fuego; quería solo olvidar que estaba allí, que aquella estación no existía...Así, con suavidad, abrió la puerta de casa. Aquel olor tan intenso a comida le daba náuseas. Le recordaba a algo, quizá a algún momento feliz. Pero huyó a su cuarto, dando un escueto “Buenas noches” a su mujer. Desde la cama, oyó como Dori recogía la mesa, silenciosa y callada, sin cantar, como solía hacer. Oyó el golpear del tenedor en la fuente. Estaba tirando las patatas rebozadas. Estaba tirando las ilusiones de su mujer a la basura.

Se despertó sobresaltada, sudando. Pasó su mano por la frente, notando una leve humedad. Fuera, el viento gemía, lento y pesado, amenazante. Decidió no abrir la ventana, por si el ruido del aire despertara a Mateo, ya que sabía que le había costado mucho dormir. Miró a su marido, a su derecha, con los ojos cerrados. No respiraba con tranquilidad, como hacía cuando dormía profundamente, sino que jadeaba, parecía angustiado. Dori se fijó, por vez primera, en sus arrugas. Tenía la faz repleta de pequeños surcos, profundos, que se prolongaban hacia abajo, como gotas llevadas por la inercia. Parecía aún más viejo...Ella nunca lo había pensado, pero se percató de que sus setenta años se estaban notando *demasiado*. En aquellos dos días, su marido había envejecido lo que no en 45 años. Pasó su mano por el pelo de Mateo, dándole un suave masaje, dejando a sus dedos perderse por cada cana de su cabello, por cada pelo. Luego lo arropó, como habría querido hacer a aquel niño que jamás le había dado, que nunca había nacido...

Mateo luchaba por sobrevivir. Agitaba sus brazos, desesperado, intentando agarrarse a algo, aferrarse a cualquier cosa con que toparan sus manos. Caía, rápidamente. Era un hoyo enorme, como un pozo sin fondo, en

el que no se veía el final...Él gritaba, pero nadie le oía. Movía sus brazos, ansiando encontrar un brazo amigo, algo conocido. Pero no encontraba nada. Y es que aquello era eso, la Nada...Se despertó turbado. Abrió sus ojos en medio de la profunda oscuridad, notando el agua de su cuerpo, el sudor que corría por su espalda y se adhería a su pijama de franela. Se tocó la frente, ardiendo; tenía fiebre. Eran las 7 de la mañana, demasiado pronto para empezar el día. No le gustaba madrugar, odiaba levantarse antes que los pájaros, que el mismo rocío. Sin embargo, decidió darse una ducha. Quizá la fuerza del agua limpiaría de su cuerpo aquel pensamiento, aquello que se había convertido en un mal sueño esa noche. La Nada...la muerte...Y es que su pesadilla continuaba en la vida real. Ni las dos veces que pasó la esponja por su pecho, restregándola fuertemente, dejando la zona frotada enrojecida, logró despejar aquella honda telaraña, enredada ya por toda su mente. Se sentó en el umbral del porche, descalzo y aún en pijama, dejando que el frío viento del norte le golpeará la cara. Y sin observar el paisaje amaneciente, analizó sus pensamientos... ¿Qué temor se había apoderado de él? Era aquello, el fin de su vida, el límite de todo, que estaba ahí, ahí...que siempre había estado pero que ahora, cada vez más cerca, le acechaba como una sombra amenazante que le impedía cobrar su cordura natural, su ilusión. Su ilusión por vivir, por disfrutar. Y es que tenía miedo al momento, al instante en que todo se volviera oscuro y sombrío, aquel en el que, por más que abriera sus ojos, ya no pudiera ver nada...Le aterraba el segundo en el que el silencio se volviera cortante, doloroso, en el que los inaudibles sonidos se clavaran en su cabeza, si es que ésta aún seguía ahí... No soportaba no poder ver más a Dori, su Dori, la flor de su jardín, la que le había dado todo y a la que él debía tanto...y a la que no había podido regalar aquel hijo tan ansiado...No aguantaba pensar en su tren, el espíritu de su padre que acabaría machacado por una grúa, aplastado por una máquina de una vieja chapistería, o simplemente abandonado en un lugar donde no molestara, donde no molestara nunca más...como él mismo acabaría, lejos de todo y todos, para no molestar más ...

Dori se levantó a hacer el desayuno, observando antes el bulto agazapado entre las sábanas que semejaba ser el cuerpo de su marido. No quería molestarlo, parecía que ahora dormía, que estaba más tranquilo. Se dirigió a la cocina a pasitos cortos para no meter ruido, y puso a calentar el café. De pronto, lo oyó. Eran como sollozos de niño, balbuceos de un bebé, hipidos de un infante. Dejó todo en la repisa y agudizó el oído. No, no era un colibrí, ni un gorrión temprano. Parecía como si alguien tuviera tanta angustia que no la pudiera contener en su interior, que esta saliera al exterior como si del aire de una olla a presión se tratase...Abrió la puerta de la cocina. El sonido se hizo más nítido. Caminó hacia el dormitorio, intentando mantener la serenidad. Abrió la

puerta y lo vio. Mateo, sollozante, estaba sentado en la cama, con las ropas revueltas, con las manos cubriendo la cara. Entre los dedos se enredaban tristes lágrimas, gordas como gotas en un día de tormenta. Dori se acercó corriendo. Antes de preguntar nada, abarcó a su marido con sus brazos, fundiéndolo con el calor de su cariño, derritiéndolo con su ternura maternal. Mateo, entre gemidos, empezó a soltar palabras, incoherentes unas, inteligibles otras. Dori pudo identificar algunas: *muerte*, que era la que más repetía, *tren*, *patatas rebozadas*, *raíles*, *vida...*

El doctor acudió ya entrada la mañana, acuciado por las súplicas de Dorotea. Auscultó a su paciente, solos en la habitación, pero no encontró ninguna evidencia de enfermedad, ningún signo que le ayudara a diagnosticar un dolor tan extremo...Pero al ver su aspecto físico, sus ojos hundidos, sin brillo, sus labios resecos y cortados, temblorosos, sus mejillas pálidas y desencajadas, descubrió que no era un mal del cuerpo, sino del alma. Decidió hablar con él, pausadamente, preguntándole qué era lo que realmente sentía. Anotó en su cabeza: *opresión cardiaca (extrañamente sin aumento/disminución del ritmo)*, *escasa fuerza y energía*, *abatimiento*, *apatía generalizada*, *sin reacción a los estímulos...*

Dori, inquieta, se acercó a la puerta del dormitorio, aquel *muro* cerrado que le impedía estar allí con su Mateo, apoyarle con una simple mirada. Aproximó sus manos a la madera fría, acariciándola, como si así él notara su apoyo, para que supiera que estaba allí, que no le iba a abandonar. Arrimó sus orejas, pegándolas todo lo que pudo a la puerta, y dispuso todos sus sentidos a escuchar la conversación, la *confesión*, que daba lugar dentro. No pudo reprimir un gemido, un sentimiento de impotencia...llevaba cinco minutos tras la puerta, y ya había escuchado suficiente. Giró el manillar fuertemente, casi con enfado, para encontrar a Mateo en la misma postura que antes, y al doctor a su derecha.

- ¿Por qué no me lo habías dicho?¿Por qué no confiaste en mí, por qué no me contaste lo que te ocurría?¿Por qué tienes miedo a la muerte?

Demasiadas preguntas y demasiado poco tiempo para responder. Mateo se agazapó entre las sábanas, sintiéndose culpable *sin culpa*, ahogado por todos aquellos sentimientos de temor y debilidad, mareado por los gritos, justificados, de su mujer. Sólo acertó a balbucear algo, un "*Te quiero*" suplicante, extremo, que le basto a Dori para olvidar su rencor y resentimiento, y correr a darle aquel amor que tanto necesitaba su marido, hundido en su propia tristeza. Tras esto, Dori *interrogó* al doctor para ver lo que realmente le pasaba; a pesar de haberlo escuchado en la propia boca de Mateo, no conseguía aceptarlo, no podía creerlo. Pero las palabras del

médico le demostraron que todo aquello era cierto, que no era una invención o una pesadilla de la noche anterior. Su marido estaba, literalmente, aterrado ante la idea de su propio fin, vencido ya por su miedo. Necesitaba más que nunca el amor de Dori, su ilusión, su alegría, para superar el bache; si no... algo grave podía ocurrirle... algo como la misma muerte...

El doctor se había marchado hacía bastante tiempo, pero Mateo seguía inquieto y sollozante. Dori disolvió un tranquilizante en un poco de agua y se lo dio a beber. Al poco, su marido dormitaba como un niño, tranquilo por fin... Salió afuera, al jardín, para pensar un rato. Todo aquello había sucedido tan deprisa, demasiado... no le había dado apenas tiempo a reaccionar, a buscar una solución. Y parecía ya tan tarde, tan extrema la situación... apenas sabía como reaccionar; no entendía como un hombre feliz, ilusionado por su hogar, por su tren, que disfrutaba de todo y todos, se hubiera hundido tanto de repente, con un pavor tan grande a su muerte que le estaba conduciendo a ella... A pesar de no comprenderlo, decidió darle todo el apoyo a Mateo, todo el cariño y el amor en las dosis suficientes para que menguaran los síntomas. Sí, eso haría.

Tres días pasaron. Aún sumiendo a Mateo en tranquilizantes y Valium, viendo como su hilo de vida se iba desgastando, como sus raíles se desviaban poco a poco del camino, llegando a una nueva estación; a pesar de ello, fueron tres días en los que el amor y el cariño, las caricias y las palabras cálidas, pudieron con la angustia y el terror, con el tormento y el ahogo. Quizá fueron unos de los días más felices de sus vidas...

Dori ató el manojo de rosas frescas y jazmines, cuidadosamente, y se dirigió al encuentro con su marido. Se agachó, acariciándolo, a la vez que el Sol poniente iluminaba con sus últimos rayos las letras esculpidas, en las que rezaba:

“Aquí yace el maquinista que dirigió su tren de la vida, que supo llegar a la estación correcta a pesar de las últimas averías, que supo disfrutar del viaje hasta el momento de su llegada”